

tante la visión y conocimientos de una mujer (de tantas) que nació en el último vagón del *Snowpiercer* de Bong Joon-ho.

Tras dar cientos de charlas y conferencias me han dicho infinidad de veces que a mí se me entiende cuando hablo. Yo también entiendo muy bien a quienes —tras intentar llegar a fin de mes— no les quedan fuerzas o energía para adentrarse en el mundo de los libros teóricos y entenderlos. Sin embargo, es muy importante comprender que si a mí se me entiende es porque me he nutrido y me nutro constantemente con ensayos feministas, sociológicos, filosóficos y psicológicos. Adquirir vocabulario y divulgar conceptos traducidos al lenguaje coloquial requiere una inmersión en los conocimientos estudiados, pensados y creados por otras mujeres, las teóricas. Asimilar la unión indispensable de estos dos mundos es clave. De manera bidireccional mejor. Por eso os recomiendo algunos libros y autoras, por si queréis profundizar en este tema. Saber es (tener) poder.

Hablando del poder de la palabra, quiero aclarar aquí algo que las feministas abolicionistas reivindicamos: la prostitución no la ejercen las mujeres, la ejercen los proxenetas y los puteros, los hombres que prostituyen a las mujeres y niñas atrapadas en este sistema prostitucional. No al revés. Este giro lingüístico lo propone Silvia Chejter en *Lugar común: la prostitución*.⁹ Sabemos de sobra que el lenguaje construye la realidad y la realidad es que para tener agencia

9. Chejter, Silvia, *Lugar común: la prostitución*, Buenos Aires, Eudeba, 2011.

hay que tener alternativas a la hora de elegir hacer una cosa u otra. La expresión «tener agencia» se refiere a la idea de que las personas —en este caso las mujeres— toman sus propias decisiones y son responsables de sus acciones. Y por elegir la vida no se nos puede considerar responsables de la desgracia causada por otros que abusan de su poder y nuestra situación de vulnerabilidad.

El tema de la agencia suscita mucho y muy interesante debate. Como activista y como superviviente entiendo el punto de divergencia. A mí misma me costó asumir el concepto de mujer prostituida y hombre prostituidor. Llevaba años fuera de la prostitución y dentro del feminismo. Aun así me costó. Tenía cierta resistencia a reconocer y reconocirme como sujeto pasivo (u objeto) en esta multinacional criminal. A nivel psicológico nos desempodera y nos genera mucha inseguridad la pena que puede suscitar al colocarnos discursivamente en el lugar de la inacción aparente. Y nos agarramos a un clavo ardiente si hace falta para conseguir un papel de lucha activa. Ahí está la clave de digerir que resistir es verbo. Resistir es luchar.

Tuve mis momentos de crisis. No como abolicionista, pero sí para incorporar ciertos conceptos que rompían mis esquemas mentales. Esos esquemas que me habían ayudado a sobrevivir y a llegar hasta donde estoy ahora. En esos momentos las dudas las compartía en las redes sociales, principalmente Facebook, en conversaciones con mis compañeras abolicionistas. Recuerdo muchas de esas conversaciones y

sobre todo lo mal que me lo hacían pasar las que me hablaban con paternalismo, intentando imponerme su visión sin tener en cuenta mis circunstancias y mis sentimientos. Tenían razón en sus argumentos, pero sus formas hacían que tuviera aún más resistencias.

Mi muy querida compañera Concha Hurtado (portavoz de la plataforma abolicionista más potente y activa en el Español, el Front Abolicionista del País Valencià, y traductora en Traductoras por la Abolición),¹⁰ desempeñó un papel fundamental en ello y en muchos otros aspectos más que me hicieron crecer. Ella y la también muy querida compañera y profesora universitaria Esther Torrado, ambas mujeres en primerísima línea en la lucha abolicionista y en constante relación directa con mujeres prostitutas. Ellas fueron las únicas que me preguntaron qué sentía, qué me provocaba ese cambio de lenguaje. Me preguntaron para saber, no para explicarme cosas. Esto es importante. Que alguien te escuche y se preocupe por ti, sin aleccionarte o ridiculizarte, y mucho menos públicamente. Les dije que eso me dejaba indefensa ante la creencia muy arraigada de que yo era en parte responsable de la situación al estar en la prostitución, y que estaba convencida de que eso mismo les podía ocurrir a las demás mujeres en el mismo contexto. Esto me preocupaba, ya que yo quería y consideraba importante que mis hermanas comprendieran el abolicionismo y lo hicieran suyo.

10. <<https://traductorasparaaboliciondelaprostitucion.weebly.com/>>.

Intenté explicar de la mejor manera posible que quitar el protagonismo de las mujeres en situación de prostitución a través de los conceptos, nombrándolas prostitutas a ellas y prostituidores a ellos, podía constituir una nueva barrera a la hora de acercar la postura abolicionista a las primeras —pero no únicas— afectadas por esta industria criminal.

Me escucharon con mucho interés, valoraron mi preocupación y me dijeron que lo comprendían. Me comprendieron. Y me creyeron. Una vez más la magia de la comunicación asertiva. A partir de ahí cedieron mis resistencias y las escuché con interés, sin miedo y en una dimensión alejada de la vivencia personal. Deje de tomármelo como un ataque personal. Comprendí la importancia que tenía nombrar la realidad de esta forma y tuve que encontrar la manera de renunciar a unas creencias ligadas al plano individual y psicológico, y colocarme en un plano global, sociológico. No lo hice sola. Lo hice gracias a ellas.

También ellas estuvieron cuando tuve mis dudas sobre la posibilidad de multar a los puteros. Mis dudas no eran sobre la cuestión moral —que tenía clara—, sino porque por parte del movimiento abolicionista no escuchaba las demandas claras dirigidas a la prevención, reparación y protección de las víctimas. No sé si lo hacía o no. A mí no me llegaba ese discurso. Y si no me llegaba a mí, estando dentro del propio movimiento, difícilmente les podría llegar a personas ajenas al mismo. Cuando en aquella ocasión se me estaban

echando encima por plantear mis dudas —es decir, qué pedimos para las mujeres prostituidas, considerando que multar a los puteros sin unas políticas públicas destinadas a las mujeres aumentaría su vulnerabilidad— fueron otra vez ellas dos las que supieron acompañarme y aclarármelas. Ahora esa cuestión —la de nombrar las medidas que exigimos para las mujeres prostituidas— está muy integrada en el discurso abolicionista. Para mí tenía y tiene todo el sentido articular nuestras demandas sobre estos tres ejes: la prevención, protección y reparación de las víctimas, la penalización de todas las formas de proxenetismo y la desincentivación de la demanda de prostitución. Y cuando lo explicamos así, la gente lo entiende mejor y se suma.

LOS PUTEROS

Nombrar la realidad es el primer y más importante paso hacia la prevención, la reparación y la justicia. Y me gustaría detenerme un poco más en esto. Porque enumerar las violencias que nos afectan no es suficiente, pensar no es suficiente; hace falta sentir y empatizar, o al menos intentarlo. No podemos seguir en esta disociación colectiva y social que nos caracteriza; es hora de hacer una transformación profunda, una revolución, una revuelta. La revuelta de las putas. Si pudiéramos sentir lo que es un día en un prostíbulo...

Lo que nos daña no son conceptos en abstracto: trata, prostitución, explotación sexual, sistema prostitucional, patriarcado, capitalismo, neoliberalismo, racismo, colonialismo... Quienes nos dañan profundamente son el brazo ejecutor de este sistema prostitucional: los consumidores. O demandantes. O compradores. Yo los llamo puteros. Hay quien prefiere un lenguaje más académico y los llama prostituidores o prostituyentes. Me parece perfecto. Yo utilizo putero porque un día un hombre me dijo molesto que esta palabra era muy fuerte y que sonaba muy despectivo. Y pensé «¡Anda, qué bien!». Por fin una palabra que cargue de rechazo social y estigmatice a quienes hasta hace poco han sido los eternos invisibilizados, cuando no directamente protegidos y amparados.

En el marco neoliberal del libre mercado nos hablan de clientes, usuarios o compradores de sexo. Como si el sexo fuera un mero producto y no una realidad que nos atraviesa y nos construye, o destruye, a los seres humanos. Como si en las sociedades democráticas el propósito de los hombres fuera adquirir el sexo como algo ajeno a la subjetividad de las mujeres, usando sus privilegios, y el de las mujeres, ser meros instrumentos para obtener placer a través del dominio, y no compartir ambos la sexualidad de manera genuina y placentera con nosotras, sus iguales (desde la perspectiva feminista).

Clientes y compradores, en general, son personas que utilizan servicios. ¡A ver quién es el guapo que va a salir a

señalar al cliente, amo y señor en este sistema de valores neoliberales! En el caso de la palabra «usuario» incluso hay más, ya que según su definición es una persona que tiene el derecho de usar una cosa ajena, con unas limitaciones determinadas, eso sí. Todo ello en nombre del progresismo y los derechos humanos y civiles, además. El lenguaje construye la realidad y me pregunto, ¿querremos seguir normalizando que los hombres accedan impunemente a penetrar por boca, vagina y ano y con ello reducir a las mujeres, niñas y cada vez más niños, a meros agujeros y a objetos de uso y disfrute? Un putero es un hombre machista que hace uso de sus privilegios, el dinero y el poder, para satisfacer sus deseos, sin tener en cuenta la condición humana y la vulnerabilidad de las mujeres prostituidas y sus circunstancias. La prostitución es violencia sexual. Ser penetradas de manera continuada y repetitiva es una tortura. El cuerpo de la mujer, y en especial nuestros órganos sexuales, no están hechos para ser penetrados durante doce horas los siete días de la semana. Sin embargo, muchos puteros no se reconocen como agresores sexuales, porque se ven a sí mismos como *puteros majos*. Incluso piensan que están haciendo un favor a la humanidad «ayudando» a mujeres que están en situación de pobreza, y que las tratan bien porque no les pegan ni las humillan, supuestamente. Pierden de vista que se puede maltratar y humillar de muchas otras formas sin usar la violencia directa y extrema. Porque los puteros pagan por penetrar a mujeres que no les desean. Esta idea de ser mujer y

tener sexo sin querer sexo, fuera del sistema prostitucional, se consideraría una violación. Sin embargo, en la prostitución la violencia sexual queda justificada por el intercambio de dinero.

En este libro he desarrollado el proceso de fabricación de la puta, pero la industria del sexo también fabrica puteros, porque los hombres no nacen con un gen específico del putero en su ADN, como afirmó mi querido amigo, el psicólogo Marc Ruiz, en un programa que grabamos juntos para la ETB. Hay un gran interés en fabricar puteros para que la rueda siga girando y generando muchísimo dinero. El proxenetismo global utiliza todos los métodos para fabricar puteros. Sobre todo por medio de la pornografía —que crea adicción y erotiza la crueldad, la violencia y la tortura—, con unas consecuencias devastadoras sobre los propios hombres, despojados de su capacidad de conectar emocional y físicamente con una mujer a través del deseo, la ternura y el placer sexual compartido. Ningún hombre sería violador o putero si delante de él, en vez de ver un objeto de deseo y consumo, viera un ser humano; una mujer, con sus sueños, deseos y derechos.

Según los informes de Naciones Unidas un 39 por ciento de los varones en el Estado español ha consumido prostitución. Estamos rodeadas de puteros. Esto es problemático y está intrínsecamente ligado al consumo de los cuerpos. Hay adolescentes, de alrededor de dieciséis años, con problemas de disfunción eréctil. Son incapaces de excitarse y mantener

relaciones sexuales satisfactorias al margen de la violencia. Antes de tener una experiencia sensual compartida son agredidos psicológicamente por la pornografía. Estamos ante una catástrofe, porque la pornografía se consume desde edades cada vez más tempranas y es la única educación sexual. Así es muy fácil perder de vista la conexión que hay entre el cuerpo y el ser, porque se nos está diciendo que son dos cosas diferentes, que no tienen nada que ver. Para muchos chicos jóvenes alcanzar el placer sexual se convierte en una gran frustración, que alimenta la violencia, porque el único placer lo sienten violentando mujeres. Estamos fabricando agresores sexuales a escala industrial.

Para conseguir excitación se consume pornografía con las peores agresiones, violaciones en grupo o en solitario, pedofilia, maltrato... Quienes la consumen cada vez necesitan más violencia para excitarse. No hay límites cuando la degradación patriarcal entra en cualquier lugar. De hecho, en la pornografía las escenas sexuales que contienen agresiones contra una mujer conforman el 94 por ciento del total. Este consumo obedece a un acto comercial de pura misoginia. Cuando te excitas con tanta violencia de por medio es muy difícil empatizar con nadie. Esta falta de empatía forma parte del prostíbulo y de la pornografía. No es arte, no es cine. He conocido mujeres que han estado en la pornografía y en la prostitución y son personas con muchos trastornos psíquicos. Muchas acaban suicidándose. Además, nunca se podrán retirar del mercado pajillero interna-

cional las imágenes de la que un día, y sin saber la repercusión de sus actos, decide mostrar su intimidad. Tenemos que abrir los ojos ante lo que es un auténtico sistema de destrucción y deshumanización de las personas.

La sociedad de hoy carece de sexo afectivo. Somos analfabetos sexuales. Hemos pasado de un extremo al otro. De una generación en la que la sexualidad era un tabú porque se consideraba pecado, a una en la que es tabú por la imposibilidad de abordar el tema con conocimientos profundos. ¿Quién educa a quienes educan? Hay padres y madres que se ven impedidos para afrontar la nueva realidad. No tienen herramientas para educar sexualmente a sus hijos e hijas y destapar la realidad del auténtico problema que supone el consumo masivo de pornografía, con un acceso tan sencillo, en el teléfono de cualquier joven con internet. Se incita a los chicos a consumir pornografía y a las chicas a crear contenido pornográfico. Cada vez hay más casos de chicas menores de edad captadas a través de las redes sociales y empujadas a la industria de la explotación sexual. Todo ello porque no somos capaces de afrontar la realidad y no cumplimos con nuestra responsabilidad de personas adultas. Negar un problema no lo hace desaparecer. Lo agranda y agrava, y tiene unos costes incalculables, pues se trata de la vida humana y en especial de aquellas personas que representan el futuro de la humanidad.

La prostitución es ocio, diversión y negocio para los hombres. La pornografía es el marketing de la prostitución.